

MONÓLOGO DEL CARNERO

Nada impide, sin embargo,

que entre risas se diga la verdad.

Horacio, *Sátiras*, Libro I

Estoy muy afligido y con el alma entera dolorida por un contratiempo que me ha ocurrido esta mañana. Sucedió cuando salíamos con el pastor a nuestro habitual paseo por el campo. La tiranía del sol convertía en benignas las sombras de los árboles y adormilaba al pastor. Tras haber pastado en la hierba y bebido del río mantuve una charla con mis congéneres de rebaño, e incluso con otros que provenían de otros establos del pueblo, sobre este mundo y nuestro fin último, ya que otro carnero, inquieto y muy preocupado por cuestiones metafísicas, me lo había pedido con insistencia. Ciertamente frecuenté el Timeo y algunos tratados del mismo Aristóteles cuando era joven y todavía creía que nosotros, pobres seres vivos cuyo paso por esta tierra no está libre de cuidados, algo podríamos saber sobre nosotros mismos, sobre nuestros orígenes y nuestro fin último. No nos ocupamos de estas cosas más que en los momentos en que ni la hierba ni el agua nos preocupan y el pasto es bueno.

Así pues les hice comprender que el hombre no sabe y que no sabe que no sabe. Únicamente la ignorancia de su ignorancia le ha llevado a llamarse a sí mismo *homo sapiens* aunque no vaya por el mundo con ciencia ni con

sabiduría, siendo aquella el resultado de esta. En lugar, pues, de conversar sobre esas obtusas cuestiones insolubles que en vano han torturado el alma de los hombres, he preferido hablarles de nosotros, aquí, sobre esta tierra. Es muy difícil, les dije, no hacer algunas observaciones, punzantes para todo corazón no humano, que atestigüen nuestra opinión sobre nosotros mismos en esta hora funesta en que presentimos la llegada de un día en que el sol bien podría elevarse sin un solo carnero en esta tierra que tan clemente podría ser sin hombres.

La tragedia de una época es felicidad para el lenguaje; de ningún modo mil poetas de nuestra raza podrían cantar si la desgracia no llamase a su puerta. No hago aquí elogio alguno de la desdicha y de las lágrimas que inspiran cualquier corazón. Únicamente digo que dan alas a lo mejor y lo peor que tenemos: nuestro lenguaje. Grande es nuestro infortunio y no me morderé la lengua. Desde que tengo memoria, jamás he visto morir a ningún cordero de una buena muerte. Casi todo ahí quedaría dicho en pocas palabras si, para la comprensión de un destino, no tuviese que añadir algunas más que mostrasen en ciertos aspectos el camino que a cada uno de nosotros nos lleva desde el día del nacimiento al otro nunca lejano de la muerte.

Nosotros los que, al igual que los bípedos, nos arrastramos bajo el sol, pero a cuatro patas, nos diferenciamos unos de otros en que mientras unos viven libres en la vasta naturaleza, otros se sirven del hombre y a cambio sirven al hombre. Los corderos pertenecemos a la segunda clase de seres vivos sobre esta tierra. El hombre nos sirve y se sirve de nosotros. Que ningún cordero, por tanto, se engañe sobre la bondad del hombre. ¡El hombre, ése que os tiene bien atados, que os trae hierba tierna, agua y, a veces, sal para

que podáis lamerla! Imbécil quien se confunda. El hombre al manteneros no lo hace por el orgullo de poseer uno de los más hermosos y gordos corderos del lugar, lo que mantiene con vosotros es su apetito. ¡El hombre es carnívoro! Trata al cordero como si él no fuese más que un humilde servidor suyo. Pero un día, en lugar de aparecer con la hierba tierna, el agua y la sal, tiene un cuchillo en la mano y en un instante el servidor cariñoso se transforma en un asesino sin piedad. ¡Un cuchillo! Aunque deis balidos o cornadas, siempre se apodera de vosotros ayudado por carnívoros como él; los hombres son siempre más numerosos que los corderos y ¿qué es un cordero que va a morir al lado de hombres a quienes desbordan el apetito y la sed de sangre? Os derriban y os degüellan. No voy a entrar en detalles de este asesinato. Son como las hienas. Os devoran. ¿He dicho como hienas? No, por los dioses de los corderos, ¡no! La hiena os busca y os devora cuando tiene hambre. Es franca, no le gustamos sino para devorarnos. Por contra el hombre muestra un extraño amor que siempre termina con vuestra muerte. Es como si llegase a destruir todo aquello que ama. No acabo de ver lo que en él separa el amor del odio. Un hombre puede amar a un cordero con un amor sincero y atestiguarle todo su afecto y un día después, como sólo un enemigo sabe hacer con otro enemigo, matarte sin una sola lágrima en los ojos. ¿Qué mirada hay más tierna que la de un corderillo? Él, sin embargo, lo mata y devora su cabeza y los dos ojos y los huesos mismos. ¿Y qué decir de su pobre y tierna carne? ¡Morir antes de abandonar el pecho materno, morir abatido por aquellos mismos que os dan de comer, os lavan, os acarician, os miman!

Los hombres, y esto podría sorprenderos y afligiros tanto como todo lo que he dicho, tienen un gremio de carniceros, tienen cocineros y criados que

trabajan en servir lo que los cocineros han cocinado con su propio arte. Los carniceros son aquellos cuya función es asesinarnos. Les tienen sin cuidado nuestros gritos y las miradas que cruzamos con las de nuestras esposas e hijos. La familia entera llora, tiembla. No hay remedio alguno. Os han derribado y la sangre sale a borbotones. Despedazan vuestros cadáveres, a veces bajo la mirada de vuestros hijos o a pocos metros del establo donde habéis nacido, en donde amasteis por primera vez y concebisteis a vuestro primer hijo, que será igualmente derribado como cualquier otro carnero. Os convierten en filetes de carne *kocher*, *hallal*, alimentación biológica... ¡No les faltan a los hombres las palabras! Ahí sobre esos filetes de carne es en donde interviene el cocinero con sus pantalones blancos, su casaca blanca, su gorro blanco, blanco —¡Dios mío!— como la inocencia en las blancas avecillas. Os cortan en trozos más finos, os lavan los restos de sangre y os ponen al fuego, a veces en vuestra misma grasa, para cocinaros. Tienen mil maneras de hacerlo, marinados o a la parrilla. Para formar su paladar han inventado toda clase de viandas: carne con cacahuetes, salsa de carne a los doce sabores, carne en su jugo con arroz, carne con hojas de acedera... ¡es para partirse el corazón! No hay un solo bípedo en las calles de Tombuctú a quien esto no le enloquezca. Cuando deis cien pasos, mirad a izquierda y derecha —ya sé que lleváis siempre la cabeza gacha para no cruzar la mirada con la de vuestros asesinos pero, puesto que esas miradas de vuestros asesinos son inevitables, intentadlo— y veréis al borde de los caminos a algunas de esas sucias y malolientes personas apostadas junto a los fogones.

Dos amantes quieren ir a las dunas para hacer lo que los adultos: desnudarse, tirarse al suelo, ponerse los dos a jadear... ¡Necesitan algunos

trozos de carne! Nueve meses después un niño viene a esta tierra para morir, al igual que todos los nacidos; se precisan algunos trozos de carne. Los ladrones de esta ciudad, sus advenedizos, sus lameculos, sus santos, sus gobernantes, sus jefes religiosos, sus buenas mujeres y sus amantes... ni uno solo con un nombre que no apeste a sangre derramada. E incluso el día en que el niño, ese trozo de carne desdentada, comienza a hacer amigos no los recibe sino con un vaso de té y un plato de carne. No me sorprende verlos con más de cincuenta años contoneándose como patos y quejarse ya sea del corazón, ya de la hipertensión arterial, de la gota o de tantas otras enfermedades. Es la venganza de nuestra carne que un día acabará derribándolos de igual manera que ellos siempre nos han derribado. A nosotros nos repugna cualquier carne, pero ellos serán dados en pasto a los gusanos de la tierra o a las aves carnívoras, como ellos. Y lo que es ya el colmo, las fiestas de los hombres no se celebran más que con el degüello de un cordero. Los gozos de los hombres tienen las manos manchadas, lo mismo que sus oraciones y tristezas. ¿Qué más hay que decir? Sólo salimos del establo para el matadero. De ese modo nuestro destino está trazado desde que nuestra vida se enlazó con la de los hombres

Apenas había terminado esta larga perorata —que algunas cabras, barbudas como marxistas, de trato un tanto excesivo con los hombres, compararon con las diatribas de un tal Cicerón que no brilló más que por la retórica, algo no muy halagador—, cuando una mata de hierba, despreciable por tamaño, aroma y textura, acertó a decirme: “carnero de grandes cuernos, ¿acaso no te comportas con nosotras del mismo modo que los hombres contigo”. Hay observaciones que son como una bofetada. Yo ni siquiera les

concedía un alma a esas hierbas que parecían creadas únicamente para llenar nuestro estómago. Desde esta mañana no he comido preguntándome si no hemos sido creados más que para devorarnos los unos a los otros, lo que es terrible, pero aunque así fuese no creo haberme equivocado con respecto al hombre, sus apetitos y nuestro destino pero, ¡quién sabe! La verdad de unos sólo comienza donde acaba la de los otros.

Tombuctú, Ciudad del Cabo, Diciembre 2011